

pulmón y pecho, de grandes ojos negros que solían mirar melancólicamente, el *mentón* acentuado, de hombre de carácter, y la boca burlona, entre si río o no río. Hijo de un galeno sin enfermos, con él se marchó «El Pensador» a desgastar su infancia en Tepotzotlán, en cuyo seminario de Jesuítas su padre halló acomodo. En humilde escuela del villorrio estudió José Joaquín las primeras letras, y en sabiéndolas, me lo despacharon a México, donde aprendió latín bajo la férula de un don Manuel Enríquez, y filosofía luego en el Máximo y Más Antiguo Colegio de San Ildefonso. Bachiller a los dieciséis años, a los diecisiete empezaba a trabar amistades con la teología, cuando la muerte de su padre, sin testar un maravedí, le tronchó la carrera, y falto de recursos dió con su humanidad en la desastrada empleomanía. ¡Parece mentira que del 1791 acá, los escritores hayamos seguido lo mismo, y todos, quién más, quién menos, nos arrimemos a los empleos para poder ir tirando del carro!

Desde aquellas fechas hasta que en Tasco, primero, y en jurisdicción de Acapulco después, reaparece José Joaquín de juez interino o teniente de Justicia, nada a punto fijo sábese de él, y sólo conjetúrase que se la pasaría en Tepotzotlán. De Acapulco, vínose a México, y a sus treinta y uno o treinta y dos años casó con doña Dolores Orenday, quien lo obsequió con una hija única, que murió soltera.

Contaba el maestro Altamirano haber oído de labios de un nieto de la preclara doña Josefa Ortiz de Domínguez, que de ésta había sido amigo Fernández de Lizardi, y que de fijo simpatizó con la causa de nuestra independencia. Hasta ha llegado a decirse que en ella tomó activa parte, cuando encabezaba la sagrada causa nuestro grandísimo Morelos; pero otros, niegan lo de la participación. Lo indudable es que siendo Lizardi teniente de Justicia en Tasco, no pudo *tenerla* y le entregó al Generalísimo el pueblo, sus municiones y sus armas; entrega que le costó cautiverio en México, hasta no convencer a las suspicaces autoridades virreinales de que ello había sido contra su voluntad y únicamente obligado por causa de fuerza mayor. ¿Convencería de lo contrario a la Junta que se organizó, después de lograda la independencia, con el fin de recompensar a los que prestáronle servicios, y que le asignó al novelista sueldo de Capitán retirado, nombrándolo por añadidura redactor de la «Gaceta del Gobierno?»..... No seré yo quien dirima el punto, arduo de suyo. Esto de entregar plazas es costumbre añeja, y hoy como ayer, lo mismo sirve para ganarse premios que para provocar castigos.

Ya domiciliado en México, Fernández de Lizardi, al amparo de la constitución gaditana de 1812, que entre otras libertades dió la libertad de imprenta, fundó su periódico «El Pensador Mexicano,» desde su aparecimiento famoso, porque en sus columnas atacó y discutió, con marcado desenfado y valentía, asuntos de toda especie. Con «El Pensador» publicaba los «Pensamientos Extraordinarios,» que venían a ser a modo de suplementos del periódico. Por sus intemperancias y desacatos, y porque pronto suprimióse la libertad de imprenta, que nunca disfrutó en México muy larga vida, en diciembre del propio año de 12, Fernández de Lizardi volvió a padecer cárceles durante siete meses en esta vez, aunque sin resentirlo mayormente, pues desde su encierro sacó algunos números del «Pensador,» previa la venia del censor Beristáin. Cuando le dieron suelta, con mayores pujos, si cabe, siguió en la brega, que no conforme ya con su «Pensador» ni con anteriores folletos—hasta 1811 sumaban veintiséis—en 1814 trucidó al «Pensador,» mas en retorno el 1815 dió a la estampa «Alacena de Frioleras,» el 1817 sus «Fábulas,» el 1819 sus «Ratos Entretendidos» y el 1820 su «Conductor Eléctrico.» En el entretanto, el año de 1816, a los 32 de su edad, vino al mundo su primera novela «El Periquillo Sarniento,» aunque incompleta; el Gobierno español, que no veía con buenos ojos que en el tomo cuarto se abogase por la abolición de la esclavitud, permitió nada más la impresión de tres de aquella edición *princeps*, en la actualidad inhallable casi. Tras el «Periquillo» y firmándose ya desde la salida de éste, «El Pensador Mexicano,» surgieron «La Quijotita y su Prima» (1818-1819), «Noches Tristes,» hacia las mismas fechas, y la «Vida y Hechos del Famoso Caballero D. Catrín de la Fachenda,» publicada por el impresor don Alejandro Valdés, a los cinco años de fallecido Lizardi.

En 1820 estableció una Sociedad Pública de Lectura, con el loable fin de que por módico precio se difundiese ésta, dado que según él mismo lo decía: «muchos no leen, no porque no saben o no quieren, sino porque no tienen proporción de comprar cuanto papel sale en el día.....» a reserva de explicar después el completo fracaso de la tentativa, en los siguientes desconsoladores términos: «gasté y perdí mi dinero en la empresa, que no tuvo efecto porque el público sin duda no se impuso de las ventajas que debían resultarle más que a mí.» La fuente fija de sus recursos, amén de lo que dejaríale su pluma tan infatigable cuanto esforzada, era una alacena en el Portal de Mercaderes, en la que

filosóficamente vendía con sus propias manos los papeles y periódicos de entonces.

En 1821, a causa de un diálogo que bautizó «Chamorro y Dominiquín,» fué por tercera vez a la cárcel. Y ni con la consumación de nuestra independencia se aquietó su espíritu batallador y progresista: el año de 22 partióse a la defensa de los franc-masones, no obstante su catolicismo acendrado y proclamado en más de una ocasión, con lo que originóse grave escándalo, hubo sus sermones en la iglesia Catedral, y a él, por lo deslenguado y vitando de la tal defensa, lo excomulgaron bonitamente. Crecióse al tremendo castigo, que de inconsulto diputó, arremetió de nuevo a favor de la masonería, comentó acremente el acuerdo de la junta de censura eclesiástica, aventurándose hasta los dominios del dogma, y desafió a enemigos y perseguidores a un acto público en la Universidad, donde se discutiría la excomunión. Nadie quiso justar con él; mas como su osada actitud acabase de emberrenchinar a sus contrarios, y encima se le fueran molestias y riesgos a porrillo, es fama que hubo de poner pies en polvorosa y de ocultarse por aledaños de esta metrópoli. Pronto debió de regresar, sin embargo, supuesto que en 1823 sacó nuevo periódico «El Hermano del Perico;» en 1824 las «Conversaciones del Payo y el Sacristán,» y en 1826, hasta pocos días antes de su tránsito, el «Correo Semanario de México.»

Víctima de tuberculosis murió el Pensador a la madrugada del 21 de junio de 1827, en la casa núm. 27 de la calle del Puente Quebrado; casa hasta la cual peregriné de joven y en la que complacíame fabricar imaginativamente las íntimas postrimerías del maestro, imaginar en qué rincón dictaría el testamento que por intensivo, honrado y ejemplar, aquí en lo conducente se reproduce: «Digo yo, el Capitán Joaquín Fernández de Lizardi, *escritor constante y desgraciado*, (esta sola frase, verdadera y poemática-mente dulce, deja atrás a cualquiera biografía), conocido por el «Pensador Mexicano, que, hallándome gravemente enfermo de la «enfermedad que estaba en el orden natural me acometiera, pero «en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente: Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal creo y «confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, «en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta «protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos «de fe que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. «Esto sí creo y confieso de buena gana, y jamás, ni por palabra

«ni por escrito he negado una tilde de ello. Mas acerca de aquellas cosas cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi «asenso, ni en *artículo mortis*... »

Sin duda, a consecuencia de la excomunión, echóse a volar la absurda especie de que el Pensador había muerto endemoniado; por lo que hízose preciso exhibir públicamente su cadáver, antes de que sus pocos amigos, sus partidarios y muchedumbre de curiosos, el 22 de aquel junio fueran y sepultáronlo, en medio a los honores que la ordenanza prescribe para un capitán retirado, en el atrio del templo de San Lázaro; templo ingrato como todo buen mexicano, que no atinó a conservar lápida, signo ni trazas del sepulcro ilustre a su custodia encomendado.

Entre el hombre y el escritor, me quedo con el hombre, que no únicamente supo escribir y fustigar con su ironía, sino también, a pesar de lo flaco de sus haberes, compartir escaseces con más menesterosos que él, prohijar ajenos vástagos, amar al pueblo y aun al populacho, hasta los que se inclinó piadosamente con el apostólico objeto de descubrirles sus pústulas, y tratar luego de aliviárselas; que se enfrentó a despotismos e iniquidades; que pudo vivir, pobre y digno, de su labor cerebral y marcadamente socialista; que esgrimió armas de buena ley para sus muchas re-friegas a cara descubierta; que trazó y abrió el surco a nuestra novela; que alcanzó a interesar, ¡entonces! al país íntegro, con su persona, sus escritos y sus actos.

Su bibliografía completa, aun hállese por hacer, y ni nuestro eruditísimo Luis González Obregón, conócela del todo. Sólo en folletos, González Obregón ha reunido ¡ciento noventa y tres! De esa máxima labor que comprende, además de los folletos, novelas, fábulas, piezas dramáticas y pastorelas, calendarios con efemérides, periódicos y misceláneas, lo que a mí me interesa por cima de todo, es su «Periquillo,» que, entiendo, viene a ser su obra fundamental y su obra maestra. Y desde luego, yo no le tomo a mal su estilo desmañado, y, en ocasiones, hasta vulgar y sucio; ni su manía sermonera, que tanta pesadumbre recarga en muchas de sus páginas. Fernández de Lizardi pudo haber exclamado lo que en nuestros días estampó el talentoso autor de «Pequeñeces»: *aunque novelista parezco, sólo soy misionero*, pues eso fué, esencialmente, un sociólogo misionero, que al igual predicaba en el periódico o en el libro; y como urgiérale que sus prédicas fuesen leídas, valióse de la novela, por ser género muy solicitado, que a las claras o a hurtadillas en dondequiera se cuele y mete. Que dió en el clavo, a gritos pregónalo lo que de entonces acá se le ha

leído, no obstante los reparos que, como obra de arte, al «Periquillo» pueden oponérsele. Fernández de Lizardi carecía de tiempo para detenerse en rebuscar frases o pulimentos de estilo; tenía mucho que decir, y lo dijo; quería que lo escucharan, y lo escucharon, seguimos escuchándolo, que más de una crítica suya es de actualidad, y más de un defecto vernáculo continúa vigente y sin asomos de que nosotros, sus jactanciosos pósteros, lo declaremos en desuso.

Por otra parte, la filiación del «Periquillo» es harto conocida, y ella atuméntale imperfecciones: desciende, al través del «Gil Blas,» de la hampa española, del «Lazarillo de Tormes,» quien, de creer a un comentarista del popular truhán, —que no es cierto lo engendrara don Diego Hurtado de Mendoza, como hasta hace poco suponíase,— *es el padre del buscón 'Don Pablos,' de 'Guzmán de Alfarache,' del bachiller Trapaza, de Pedro Rincón y Diego Cortado, de todos los tipos arriscados y artimañosos que iban buscando de la vida con la misma manera forma que su tipo-símbolo, aquel Rodrigo español, que mientan las crónicas italianas. 'Lazarillo' es hijo del criado del Arcipreste de Hita, Furón, el correveidile y agenciero. . . .* El «Periquillo» amamantóse, pues, a las deshonestas ubres de lo que se denomina literatura picaresca, la cual, dicho sea con todo respeto y haciendo a un lado a unos cuantos de sus tipos, el Pedro Rincón y el Diego Cortado, principalmente, —que escapan a mi anatema, no por pertenecer a la camada, sino porque en sus venas corre la sangre inmortal de Cervantes, —cuando no resulta tediosa y puerca, es porque resulta obscena. Y si con tantos aspavientos la citamos y aun la leemos, ello es debido a que su título de *picaresca* cosquillea nuestras malicias, y con su lectura, antes de emprenderla, nos prometemos inacabables y discretos regodeos. «. . . No hay libros tan desoladores y truculentos, —opina el prologuista de «El Diablo Cojuelo,» —como los libros de literatura picaresca; porque ellos nos dicen, con implacables rasgos, hasta dónde de la entraña española llegaron las úlceras de la decadencia. . . . son clamorosos pregoneros de la bancarrota de la raza y de la época. . . .» El «Gil Blas,» siendo gafo, antójase superior, cuanto a forma y trama, a sus modelos y antecesores traspirenaicos.

Con semejante maridaje de abuelos, el «Periquillo,» que es un Gil Blas cimarrón, no pudo presentarse mejor perfeñado, ni con modales o palabras distintos de los que se gasta para pormenorizarnos su endiantrado vivir de pícaro de aquende el mar. Es cansado a las veces, mal hablado y zurdo otras, con sus miajas de

predicador o de versado en ciencias y tiquis miquis, enemigo de la pulcritud y del aseo, escatológico a las vegadas, y cuanto más de censurable ustedes gusten y manden, —su propio padre lo acusa, en «Don Catrín de la Fachenda,» de estar cargado de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas y de moralidades cansadas; pero así y todo, ¿quién le negaría los méritos y excelencias en que abunda? ¿quién le arrebatará nunca las admiraciones que produjo, los aplausos y risas que desató, el influjo moral que ha ejercido desde su nacimiento, los lauros ganados en lid de inteligencia? . . . Dígase lo que se quiera, el «Periquillo,» no sólo por su blasón indiscutible de precursor, sino por virtudes intrínsecas, es un monumento en las letras patrias, y su autor, un príncipe benemérito, a quien por benemérito y príncipe, nuestro criminal menosprecio hacia lo que nos es propio, está relegando al más injusto de los olvidos.

\*\*

Aun cuando nuestro público lector ignore en lo general que la novela en México ha tenido muchos más cultores de los que fuera de suponer, fuerza es convenir para su descargo, que esa ignorancia instintiva hállase en cierto modo justificada, si se atiende a que los frutos de varios de aquellos novelistas desaparecidos, de savia carecerían supuesto lo poquísimo que vivieron. Y en literatura, lo mismo que en las demás bellas artes, ino hay que darle vueltas! sólo perdura y triunfa lo que de veras vale. Calcula quien puede saberlo, que el acervo novelístico nacional, del «Periquillo» al presente, cuenta nada menos de unas trescientas obras. La «Breve Noticia de los Novelistas Mexicanos en el Siglo XIX,» escrita por Luis González Obregón en el 1889, es, si no completa, la única que se conoce, y a ella deberá acudir el que en estos achaques se interese. Yo no habré de seguirla, porque a mi plan únicamente conviene ocuparme, después del Pensador, de José T. de Cuéllar, y de Angel de Campo, a juicio mío los tres *representativos* del género. Antes procede, sin embargo, mencionar a Florencio M. del Castillo, cuya primer novela salió en 1849, y que malamente, pero malísimamente se le apodó el «Balzac mexicano.» Herejía tamaña apenas es concebible, si se atiende a que de antiguo aflígenos la pueril y crónica dolencia de suponernos gratuitamente los primeros en cuanto hay, en clima, en riqueza, en valor y en ingenio. Y precisamente las seis u ocho novelas que produjo del Castillo, son sentimentales y ultra-románticas: aunque

no exentas de discreción y relativo buen decir; su existencia misma, breve de treinta y cinco años, fué tierna y romántica: enemigo acérrimo de la intervención extranjera, los franceses invasores sentenciaronlo a prisión en Ulúa, donde falleció el 1863, víctima de la fiebre amarilla. Era la época de auge para el romanticismo, y natural es que nuestros escritores de aquellos días no se substrajesen al avasallador influjo de aquel movimiento nacido del «Hernani» y del chaleco rojo de Teófilo Gautier. Mejor, sin llegar a excelente, es la «Guerra de Treinta Años», de Fernando Orozco y Berra (1850), aunque adolece del para mí imperdonable pecado de suponer su acción en Madrid y Burgos.

Hasta Manuel Payno, que en 1860 sacó su «Fistol del Diablo», en 1871 su colección de cuentos «Tardes Nubladas», y más adelante, tras el pseudónimo de *Un Ingenio de la Corte*, sus «Bandidos de Río Frío», no había vuelto a laborarse con resolución y franqueza en la novela mexicana. En el libro «Los Ceros», que se atribuye a Vicente Riva Palacio, leese acerca de Payno: «... Manuel Payno es uno de los veteranos de nuestra literatura; se atrevió a escribir novelas en México cuando esto se tenía por una «obra de romanos... en su juventud se dedicó a la poesía, pero «poco a poco fué abandonando a las musas... así como una vaga «reminiscencia, conservo la idea de que él y Guillermo Prieto escribieron para el teatro... como novelista se hizo famoso por su «Fistol del Diablo;» tengo la creencia de que Manuel no formó «un plan para escribir esa novela, sin duda porque siendo hombre honrado, juzga que no es bueno tener un plan preconcebido, y una *arrière pensée* no cuadra a sus buenas intenciones; de «aquí es que la novela creció por acumulación... en el periodismo «ha hecho un papel digno: jamás ha insultado a nadie, a pesar de «que no ha faltado quien le insulte... Manuel Payno es el mismo en «la conversación, en la tribuna, en el libro y en el artículo de periódico...» Los «Bandidos de Río Frío» son, con mucho, superiores a aquel «Fistol del Diablo» que tanta boga diérale, según sus contemporáneos, y a «El Hombre de la Situación» novela de costumbres escrita más tarde: es obra mexicana por sus cuatro costados, sí obedece a plan preconcebido, luce unidad de acción y orientación recta, acrece, con sabiduría y arte, el léxico nuestro, incalculable es el número de mexicanismos que se registran en sus muchas páginas. Deja hartó atrás al «Periquillo», en todo y por todo, y a «Astucia, el jefe de los hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama» de Luis G. Inclán, una novela en dos tomos, respectivamente aparecidos en 1865 y 1866,

con lo que resulta anterior a los «Bandidos», alumbrados por Payno en 1888, cuando su ausencia en España, si no mienten mis averiguaciones.

Esta «Astucia» de larguísimo título, con ser novela cansada y difusa, lo es menos que el «Periquillo», y su nacionalidad mexicana mucho más acentuada que la del inolvidable pícaro. «Astucia» y los «Bandidos» no se inspiraron en Gilblases ni otros señorones extranjeros; copian y reproducen lo nuestro sin tomar en cuenta modelos ni ejemplos, influjos o pautas; antes, alardeando de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas, congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes: el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos, el que contemplaron nuestros padres, y, Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte. Por esas páginas, corren desbocados los potros cuatralbos que ya domeñaron nuestros charros, y las pasiones que nos aquejan rato ha y que no hemos podido domeñar nosotros; palpitan nuestras honradeces e infamias, nuestros vicios y virtudes; los personajes que por entre sus renglones discurren, no pueden sernos más allegados, hablan y piensan y obran a la par nuestra; el que no nos abre los brazos, nos estrecha la mano o nos sonrío de lejos; allá, va un pariente, acá, un amigo, acullá, un conocido; reímos y lloramos con ellos, compartimos sus cuitas, goces y trabajos; sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan, y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que, sin previa licencia, de letras de molde nos perfeñaron...

A partir de esas obras, no digo yo la novela, el alma nacional, antes de ellas vagabunda y sin arrimo, dispersa en versos y cantares, ya dispone de asiento y acomodo donde pasar la existencia inacabable que, libre y digna, en el fondo le deseamos todos, aunque en ocasiones imalditas sean! no lo parezca. Claro que la casa todavía no es palacio ini con mucho! pero es casa propia, con inmensos terrenos a su frente, a sus lados, a sus fondos, nada menos que toda una patria...

Esta primer vivienda es aún tosca y bravía, como tantas y tantas que persisten en las estribaciones de nuestras sierras, en nues-

tras costas hurafias, en la augusta soledad de nuestros campos; adviértensele pegotes y asimetrías en puertas y ventanas, no se alza enhiesta y airosa, pero ya se la ve a distancia enjalbegada y hospitalaria, de cara al sol; ya de su techo burdo, en que las palomas curruquean abanicando las colas, sube a los cielos azules el penacho de humo pregonero de que adentro llamea el fogón familiar que ha de calentar a los hijos; ya en las afueras diséñase el huerto, se anuncian las sementeras, se prevén los almacigos. Árboles añosos préstale sombra, ahuehuetes históricos, encinas, robles; de sus miradores y belvederes otéase la inmensidad: las razas ancestres y las razas filiales, nuestro ayer, nuestro hoy, nuestro mañana... La novela bate palmas, hacendosa y diligente, ¿qué importa que su primera casa sea una pobre casa? Y agradece al Pensador que cavara las zanjas, y a «Astucia» y «Los Bandidos» que echaran los cimientos. Ya vendrán los otros, los continuadores y pósteros, a proseguir interminablemente la edificación del solar y la siembra de la heredad que prometen, el uno llegar a palacio, y la otra proporcionar los rendimientos más abundantes y exquisitos. De antemano, la novela perdona a los que no hayan de ennoblecerla ni embellecerla ¡qué ha de hacer! si demasiado sabe que eso es quimérico, que los escritores artistas y próceres son los menos en todas partes, y los que pululan son los mediocres, los que perecen en la demanda, los que, vivos, no arriban nunca a los caudales ni al aplauso, y muertos, ni a la fama ni a la gloria. Lo esencial es que sean muchos los obreros, que muchos colaboren a que la casa crezca y la propiedad se ensanche. ¿Quién recuerda a los humildes y a los anónimos en ninguna empresa humana? Y sin embargo, rara es la obra que, falta de su concurso, alcanza término. Es la ley! que sólo perduren los nombres del decorador y del arquitecto, y que se olviden o jamás se sepan los del albañil y el sobrestante, sin cuya ayuda la casa no se levantaría erguida, altanera y bella, a todas las alabanzas y a todas las admiraciones. Ahí está la historia de sus hermanas, las nacidas y radicadas en Europa particularmente, que ya obtuvieron el diploma de maestras, y aplaudidas y festejadas recorren el orbe con el manifiesto propósito de imperar en él, de apoderarse de sufragios y dineros, a pesar de que no todas lucen muy buenas prendas que se diga, sin dárseles un ardite que las novelas americanas, por adolescentes e inexpertas, sucumban ante la competencia, o se entorpezcan el vigor y lozanía a que están destinadas.

Con la novela mexicana, acaeció lo propio: autores y autores no han cesado de llevarle cada cual, lo que conforme a su leal sa-

ber y entender, era lo más sazonado de su caletre. Y la casa humilde de los principios, aunque lentamente, con interrupciones y tropiezos, ha venido creciendo. ¡Plegue a Dios no nos la arrasen los huracanes boreales que suelen amagarnos, ni los vendavales que nosotros, desatentados y ciegos, epidémicamente desatamos! Aun entonces, cabría a la novela nacional,—ya que el libro, no obstante su ficticia endebles, sobrevive a los bronces y la piedra,—la misión tristísima de perpetuar, al través de las edades, con más atractivo que la historia, la fisonomía moral y física de esta tierra nuestra, hoy destrozada y sin ventura....

Tras la huella del Pensador, antes y después que Inclán y Payno, han ayudado, a la vanguardia de la mesnada, ora hombreándose con Payno, ora superándolo en el manejo del idioma, Vicente Riva Palacio, una de las columnas miliares de la novelística patria, historiógrafo, crítico, cuentista y excelente pintor del México colonial; luego, Mariano Meléndez, Rodríguez Galván, Pacheco, José Joaquín Pesado, Navarro, el Conde de la Cortina, el Doctor Sierra, de Yucatán, cuya mejor obra fué su hijo Justo, el artista bondadoso y sapiente recién muerto en Madrid, y del que nunca podrá averiguarse, a ciencia cierta, cuál de las dos grandezas que atesoraba era mayor, su corazón o su cerebro.... Han ayudado, Pantaleón Tovar, Juan Díaz Covarrubias, el inmolado a los 22 años, que requiere su parrafada: «Nuestro escritor,—habla don Francisco Pimentel—sufrió la desgracia de perder a «su padre, cuando apenas tenía nueve años, quedando reducido «a la pobreza.... a los 20, el 1857, llegó a practicar Medicina en «el hospital de San Andrés. Desde 1854, Díaz Covarrubias había «experimentado otra clase de sufrimientos, los de un amor des- «graciado. Amó profundamente a una joven de la clase media, «por la que fué correspondido al principio, pero rechazado des- «pués; esto último, según parece, con motivo de las escaseces pe- «cuniarias del poeta.—Aun más desgraciado que sus amores, fué «su fin: en abril del 59, los liberales, a cuyo partido pertenecía «Díaz Covarrubias, ocupaban, militarmente, Tacubaya, y con ellos «el novelista, en clase de médico, y no como beligerante.—Ataca- «da y tomada la ciudad por los conservadores, su jefe, el General «Márquez, violando las leyes de la guerra, mandó bárbaramente «pasar por las armas al joven médico y a sus compañeros, sin per- «miso siquiera para escribir a su familia y para confesarse con un «sacerdote.»

Han ayudado Joaquín Villalobos, Pizarro, Aparicio, Ancona, José María Ramírez, el «Viejo Ramírez,» autor, entre otras,